

AMOR Y VIRTUD
BAJO PREJUICIO

AMOR Y VIRTUD

BAJO PREJUICIO

Rally
Haacht

ONYX
EDITORIAL

Primera edición

Amor y virtud bajo prejuicio.

© 2018, Rolly Haacht.

© Onyx Editorial

www.onyxeditorial.com

© Ilustración de portada: Ariadna Guillem (Miss Arilicious).

© Composición portada: Munyx Design.

© Maquetación: Munyx Design.

© Corrección: Marina Burgos.

© Ilustraciones personajes: Ariadna Guillem (Miss Arilicious).

© Ilustración mapa: Carmen Ocaña (oalcuadrado).

© Fotografía de la autora: Samanta Jiménez

ISBN: 978-84-949239-4-4

Depósito Legal: DL T 1495-2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

A las personas que me han dado tanto sin pedir nada a cambio:
Mi madre, mis abuelas y mis tías.

COMENTARIO DE LA AUTORA

Las cosas no son lo que parecen, casi nunca lo son.

Con las apariencias pasa exactamente lo mismo.

Dicho lo cual...

BIENVENIDOS A UNA HISTORIA LLENA DE APARIENCIAS.

1986

SEPTIEMBRE

SM	L	M	X	J	V	S	D
36	1	2	3	4	5	6	7
37	8	9	10	11	12	13	MP
38	15	16	17	18	19	20	21
39	22	23	24	25	26	27	28
40	29	30					

OCTUBRE

SM	L	M	X	J	V	S	D	
40				1	2	3	4	5
41	6	7	8	9	10	11	12	
42	13	14	15	16	17	18	19	
43	20	21	22	23	ZN	25	26	
44	27	28	29	30	31			

NOVIEMBRE

SM	L	M	X	J	V	S	D
44						1	2
45	3	4	5	6	7	8	9
46	10	11	12	13	14	15	16
47	17	18	19	20	21	22	23
48	24	25	26	LO	28	29	30

DICIEMBRE

SM	L	M	X	J	V	S	D
49	1	2	3	4	5	6	7
50	8	9	10	11	12	13	14
51	15	16	17	18	19	20	21
52	22	23	24	25	26	27	28
1	29	30	JK				

1987

ENERO

SM	L	M	X	J	V	S	D	
1				1	2	3	4	5
2	6	7	8	9	10	11	12	
3	13	14	15	16	17	18	DK	
4	20	21	22	23	24	25	26	
5	27	28	29	30	31			

FEBRERO

SM	L	M	X	J	V	S	D	
5							1	2
6	3	4	5	6	7	8	9	
7	10	11	12	13	14	15	16	
8	17	18	19	20	21	22	23	
9	24	AR	26	27	28			

MARZO

SM	L	M	X	J	V	S	D
9						1	2
10	3	4	5	6	7	8	9
11	10	11	12	13	14	15	16
12	17	18	19	20	21	22	23
13	24	25	26	27	28	29	30
14	31						

ABRIL

SM	L	M	X	J	V	S	D		
14				1	2	3	4	5	6
15	7	8	9	10	11	12	13		
16	14	15	16	17	18	19	20		
17	21	22	23	24	25	26	27		
18	28	29	RA						

MAYO

SM	L	M	X	J	V	S	D
18				1	2	3	4
19	5	6	7	8	9	10	11
20	12	13	14	15	16	17	18
21	19	20	21	22	23	24	25
22	26	27	28	29	30	31	

JUNIO

SM	L	M	X	J	V	S	D
22							1
23	2	3	4	5	6	7	8
24	9	10	11	12	13	14	15
25	16	17	18	19	20	21	22
26	23	24	25	26	27	28	29
27	30						

JULIO

SM	L	M	X	J	V	S	D	
27			1	2	3	4	5	6
28	7	8	9	10	11	12	13	
29	14	15	16	17	18	19	20	
30	21	22	23	24	25	26	27	
31	28	29	30	31				

CALENDARIO DE LA HISTORIA

CADA PUNTO GRIS CORRESPONDE A UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA, PARA QUE SE PUEDA VER A GOLPE DE VISTA EL SALTO TEMPORAL DE UN CAPÍTULO A OTRO.

CUMPLEAÑOS DE PERSONAJES

- DK** DEREK BECKER
- JK** JAKE BECKER
- ZN** ZANE BECKER
- LO** LOUIS BECKER
- AR** ARABIA KURBAGH
- MM** EMMA WATHSON
- MM** EMILY WATHSON
- RA** RACHEL B. BECKER

VIE/SÁB

10-11 OCTUBRE 1986

OCTUBRE

SM	L	M	X	J	V	S	D
40			1	2	3	4	5
41	6	7	8	9	10	11	12
42	13	14	15	16	17	18	19
43	20	21	22	23	ZN	25	26
44	27	28	29	30	31		

Su nombre completo era Arabia Kurbagh, tenía diecinueve años y estaba pensativa y confusa apoyada en el alféizar, observando el exterior desde la cocina. Había cogido uno de los dos taburetes que tenía en la barra americana y lo había colocado junto a la ventana.

Vivía en un barrio humilde de una también humilde ciudad del condado de Utah, Vallon, repleta de gente trabajadora. El bullicio de gente que salía de los apartamentos colindantes para empezar la jornada la mantenía entretenida. La noche anterior había sido de lo más extraña para ella.

Al recordarlo, se apartó de la ventana y echó un vistazo al sofá que quedaba justo después de la barra. No alcanzaba a ver nada desde allí, así que se levantó y se asomó para mirar al chico que reposaba tendido sobre él. A pesar de estar un poco encogido, lo abarcaba entero. Seguía tapado de los pies a la cabeza, pero, al menos, hacía ya bastante rato que había dejado de temblar a causa de la fiebre. Se llamaba Jake, y era uno de los hermanos de su mejor amiga, Zane Becker.

En un intento de aclarar sus ideas, volvió a repasar lo sucedido a partir de la tarde del día anterior.

Había quedado con Zane en la biblioteca de Kingston después de comer, pero ella no apareció hasta pasadas las cuatro. Cuando lo hizo, estaba muy alterada. Nada más llegar empezó a hacer aspavientos con los brazos indicando que tenía algo importante que decirle y le contó, por lo bajo, que se había vuelto a formar una buena discusión en su casa, con sus hermanos y con su padre. Ella siempre se lo contaba todo.

Salieron de la sala de estudio cuando la responsable de la biblioteca pidió silencio, y entonces le explicó lo que había sucedido. Por lo visto, Jake y su hermano pequeño, Louis, habían empezado a discutir por algo que ella todavía desconocía. Ellos dos solían discutir bastante a menudo, pero, a decir verdad, todo el mundo discutía con Jake bastante a menudo.

—Entonces mi padre se metió de por medio cuando sujetó a Louis por la pechera y empezó a zarandearle —le había explicado Zane—. Y en cuanto tiró de Jake para que le soltara, él se dio la vuelta y le empujó.

—¿Jake empujó a tu padre?

—Sí, con todas sus fuerzas, y mi padre se ha dado un fuerte golpe en la cadera.

Lo último que Zane le dijo fue que Jake se había vuelto a marchar de casa y que su padre estaba furioso, muy furioso. Arabia tranquilizó a su amiga lo mejor que pudo y estuvo con ella hasta que esta decidió volver a casa. Por supuesto, no estudiaron absolutamente nada en todo ese tiempo.

Cuando Zane se fue, ella siguió analizando y pensando en lo que le había dicho, sin poder concentrarse nuevamente en sus estudios.

Para empezar, ella conocía bastante bien el rudo carácter de Jake, pues ambos habían vivido bajo el mismo techo durante todo un año, concretamente, el anterior.

Los Becker eran una familia muy numerosa. Paul y Sara, los padres de su amiga, tenían cuatro hijos y una sobrinita a la que habían adoptado cuando quedó huérfana con apenas unos días de vida. Así

pues, eran siete en total, y Arabia los había conocido a todos y a cada uno de ellos. Adoraba aquella familia. El único con el que nunca se había llevado bien era Jake. Los dos tenían un carácter muy peculiar. Él era malhumorado, testarudo e imprudente. Ella era lo que se decía una chica sin pelos en la lengua, con las ideas muy claras y con una seguridad en sí misma que muchos desearían.

Puesto que muchos pensamientos nublaban su mente, le fue imposible volverse a concentrar, así que Arabia salió de la biblioteca dispuesta a volver a casa. Se le había hecho tarde y, de camino a su apartamento, lo único que encontró abierto fue una pequeña frutería donde compró algunas manzanas. El tiempo no era demasiado bueno a principios de octubre, así que al salir de allí comenzó a llover. Abrió el paraguas que siempre llevaba en la mochila y caminó sola, como de costumbre, por las ya oscurecidas calles de la ciudad.

Al girar la esquina del edificio al que se dirigía se llevó un susto de muerte. Pasó muy cerca de la pared y chocó con las piernas de alguien que estaba acurrucado allí, con los brazos cruzados apoyados en las rodillas y la cabeza sobre ellos. La capucha de su sudadera terminaba de ocultarle por completo.

Lo primero que pensó fue que se había topado con alguno de los mendigos que muchas veces se quedaban durmiendo por las calles del barrio. Se disculpó y se apartó rápidamente. Cuando iba a reanudar la marcha se dio cuenta de que la persona con la que había tropezado estaba tiritando. Le pareció extraño pues, aunque había empezado a llover hacía unos minutos, ella ni siquiera se había puesto la chaqueta. El tiempo todavía seguía siendo cálido en esa época de año.

Pensando en que posiblemente nadie se acercaría a aquel moribundo en toda la noche, se armó de valor y se dirigió a él.

—Disculpe, ¿se encuentra bien?

Se le acercó y le apoyó la mano sobre su brazo izquierdo. Él levantó la cabeza, tal vez reconociendo su ya leve dicción turca, o tal vez solo porque realmente necesitaba que alguien le ayudase. Y entonces ella reconoció sus grandes e inexpresivos ojos azul oscuro. Se trataba de Jake, por supuesto.

Arabia exclamó su nombre en voz alta por la sorpresa y luego le preguntó que qué demonios estaba haciendo allí tirado. Sin embargo, él solo temblaba por el aparente frío que le recorría de arriba abajo. Le tiró del brazo para que se incorporara y le ordenó que la acompañase a casa. Para su sorpresa, él obedeció, sin más, caminando tras ella con las manos en los bolsillos de la sudadera.

Llegaron al portal y Arabia abrió la puerta de la entrada. Jake seguía temblando. Se quedó apoyado en uno de los cuatro lados del ascensor sin levantar la cabeza. A Arabia le pareció muy fatigado y, por la forma continua que tenía de temblar, todo apuntaba a que tenía la temperatura muy alta.

Cuando entraron en su estudio lo empujó por detrás para que entrara y luego lo adelantó para poder indicarle que se tumbara en el sofá. Pero no hubo tiempo para eso. Antes siquiera de llegar a darse la vuelta se escuchó un golpe seco. Jake estaba en el suelo. Gritó, asustada, al comprobar que se había desmayado. Intentó desesperadamente reanimarle dándole golpecitos en la cara. Sin éxito, intentó levantarlo para llevarle al sofá, pero era demasiado corpulento para ella. Sin más ideas salió a toda prisa al rellano y llamó a una de las puertas vecinas, y luego a otra. Al cabo de un par de minutos consiguió que el cascarrabias que vivía en la puerta de enfrente saliese en pijama para preguntarle por qué llamaba a su puerta, molesto. Arabia le explicó lo sucedido de forma tan aturullada que el hombre no entendió ni una sola palabra, y finalmente, cuando señaló hacia el rellano de su estudio, vio a Jake incorporándose lentamente con la ayuda del respaldo del sofá. Resopló aliviada, se disculpó con su vecino y volvió corriendo a casa sin escuchar las recriminaciones que le gritaban por detrás, cerrando la puerta tras de sí. Ayudó a Jake a seguir avanzando y luego él se tumbó y cerró los ojos.

Pensó en llamar a casa de los Becker, pero antes de coger el teléfono se dio cuenta de que no era una buena idea. De no ser porque era consciente de que no era la primera vez que Jake se peleaba con su padre y no regresaba a casa hasta el día siguiente, habría realizado la llamada. Pero sabiendo eso, descartó la idea, además de que supuso que debían estar todos muy enfadados con él y que a Jake no le haría

ninguna gracia que tuvieran noticias suyas aquella noche. Resopló, frustrada por la situación en la que se encontraba, y procedió a hacer lo que debía. Cursando como estaba su segundo año en la Facultad de Enfermería, se sintió muy orgullosa de poder hacer frente a lo que acababa de ocurrir.

Levantó a Jake lo mejor que pudo para quitarle la sudadera. Debajo llevaba una camiseta interior de color blanco, de manga corta. Jake se quejó inconscientemente debido a los escalofríos que sufría, así que no le quitó nada más. Luego fue hasta su habitación en busca de algo que le pudiese servir a modo de paño y, cuando encontró una vieja camiseta de manga larga, le arrancó las mangas y se dirigió a la cocina. Allí las puso bajo el grifo y consiguió hacerse con un par de trapos húmedos. Volvió al sofá y comprobó que Jake estaba cada vez peor. Se había encogido con las manos por debajo de su cuerpo para tratar de calentarse. Seguía con los ojos cerrados. Cuando Arabia le colocó el primer paño frío sobre la frente, se estremeció. Aún así, lo mantuvo firmemente y continuó durante al menos una hora. Iba y venía, mojando los trozos de manga que había conseguido, pero Jake no parecía mejorar. Al cabo de un rato, empezó a notar que dejaba de temblar y que su rostro parecía más tranquilo.

Continuó con el procedimiento un poco más hasta que, exhausta, se quedó dormida sentada en el suelo y con la cabeza apoyada en el reposabrazos del sofá. Cuando se despertó solo habían pasado dos horas. Sacó una sábana muy fina para colocársela a Jake por encima, y también preparó una botella grande de agua para que la empezara a tomar. Fue complicado al principio, pues era difícil incorporarle y que bebiera por sí solo, pero a la tercera vez se acostumbró al procedimiento y todo resultó mucho más fácil.

Ahora que ya había amanecido y tras haber repasado los hechos, Arabia lo seguía observando. Se preguntaba cómo Jake habría ido a parar allí, e intentaba recordar cuándo le había dado su dirección. Tal vez se tratase de una simple coincidencia, aunque menuda coincidencia.

Desde donde estaba alcanzó a ver sobre la barra la bolsa con manzanas y comprobó que las tripas se quejaban en su estómago.

Sin dudar lo cogió una y empezó a comérsela a bocados.

Minutos después Jake se incorporó, casi de un salto. Observó desconcertado a su alrededor y se topó con la mirada de Arabia. Tenía la mano sujeta a la bragueta de los pantalones y ella, divertida aunque sin demostrarlo, intuyó qué era lo que le pasaba. El agua que le había estado suministrando durante toda la noche se le debía de haber acumulado en la vejiga.

—Si buscas el baño, lo tienes ahí —le dijo, señalando a la única puerta que había en su pequeño hogar.

Jake se dirigió hacia allí rápidamente, aunque tuvo que apoyarse en la pared antes de entrar, mareado por la acción. Tardó bastante rato en salir y, cuando por fin lo hizo, se quedó parado a unos metros de distancia de Arabia, dirigiéndole una penetrante mirada. Ella comprobó que se había lavado la cara y que ya no aparentaba estar tan pálido como hacía unas horas. Se percató también de que el color blanco de su camiseta interior resaltaba mucho su tono de piel. Era el más moreno de toda su familia.

—¿Qué? —preguntó Arabia cuando la constante mirada que le estaba dedicando empezó a impacientarla.

—¿Dónde estamos y qué hago aquí?

Las preguntas fueron muy explícitas, y el tono de voz que había empleado para decirlas no del todo amigable. Arabia llegó a la conclusión de que, finalmente, Jake solo había llegado hasta la finca en la que ella vivía por casualidad, y que no se acordaba absolutamente de nada.

—Estamos en mi apartamento, ya que no lo has deducido —comenzó a decir, contraatacando con la misma templanza en su tono de voz—, y estás aquí porque anoche te encontré medio tirado en la esquina de esta misma calle, con mucha fiebre.

Jake se quedó pensativo unos segundos al mismo tiempo que observaba la estancia en la que se encontraba. Lo que más pareció llamarle la atención fue la cortina que Arabia había colocado manualmente para separar la zona del pequeño estudio dedicada a su habitación. Ahora estaba corrida, así que no se veía nada más que la tela de raso morada. A pesar de vivir sola le gustaba tener una zona privada solo para ella.

—¿Dónde está mi sudadera? —preguntó Jake después del incómodo silencio.

—Encima del radiador —contestó Arabia, indicándole con un ligero movimiento de la cabeza la ubicación del mismo.

La había dejado allí durante la noche para que se secase. Él la recogió y se la colocó al instante. Luego fue hacia la puerta de salida.

—Creo que será mejor que me vaya.

Apunto estaba de abrir la puerta cuando Arabia, muy sorprendida, fue tras él e hizo que se parara en seco.

—¿Perdón? —le espetó, furiosa. Él se quedó mirándola sin inmutarse demasiado—. No me lo pudo creer.

—¿El qué no te puedes creer?

Arabia hizo un par de aspavientos con los brazos para dar a entender dónde se encontraban.

—Me he pasado la noche cuidando de ti, ¿sabes? Pero apuesto a que no tienes ni idea de en qué estado te encontré.

—Pues no, no lo sé, pero me puedo hacer una idea.

Él seguía tan tranquilo, como si nada. Como si nada de lo que hubiese pasado la noche anterior le importase lo más mínimo. Hizo el amago de dar un paso más hacia la puerta, pero Arabia le volvió a interrumpir.

—Te encontré sentado en una pared, tiritando de frío. Decidí cobijarte en mi casa e intentar que volvieras en sí, y para conseguirlo me he pasado la noche bajándote la fiebre con trapos y dándote sorbos de agua para que no te deshidrataras, en vela, cuidando de ti. ¡Hasta te desmayaste!

—¿Y qué esperas que te diga?

No estaría nada mal un “gracias, Ari”, pensó ella.

—¿Sabes? Eres un auténtico desagradecido —le dijo, sin embargo.

Estaba tan serio que parecía enfadado, aunque tal vez lo estuviera.

—Si quieres te cuento cómo casi le disloco la cadera a mi padre sin pretenderlo, cómo me voy de casa con lo puesto y sin saber ni siquiera si estarán dispuestos a volverme a recibir, cómo me paso toda la tarde deambulando por cualquier calle para evadirme de los remordimientos, o cómo el perrito caliente que me compré en

un puesto de mala muerte me hace desfallecer hasta el punto de no poder casi ni moverme. —El tono que Jake estaba empleando iba aumentando a medida que pronunciaba cada nueva frase, y no contento con eso, continuó con ironía evidente—. Así que gracias por haberme salvado la vida, ¡pero no sabes la de problemas que se me vienen encima!

—No vuelvas a gritarme —repuso Arabia, aparentando serenidad—. Estoy segura de que yo, precisamente yo, no tengo la culpa de ninguno de tus futuros problemas. Te he ofrecido mi ayuda, y te la seguiré ofreciendo si la necesitas. Si no la quieres, desde luego, ya sabes dónde está la puerta.

Dejó a Jake allí plantado delante de la puerta y se fue a su habitación. Hizo a un lado la cortina y desapareció tras ella. Ya no le importaba nada lo que él hiciese. Seguía muy dolida por el hecho de que le hubiese hablado de aquel modo. La mayoría de las veces Jake no sabía controlar sus palabras, ni sus impulsos. Esos eran algunos de sus defectos, y de ahí que siempre hubiesen tenido tantos enfrentamientos. De no ser porque habían convivido bajo el mismo techo durante un año, lo habría echado a patadas de su apartamento. Sin duda, se lo merecía.

Estaba tan cansada que, a pesar del enfado, se quedó dormida en muy poco tiempo, y cuando se despertó era incapaz de predecir cuánto tiempo había estado tirada en la cama. Sus tripas se volvieron a quejar y entonces se acordó de que no había tomado más que una manzana desde la noche anterior, y ni siquiera la había terminado. Miró el reloj despertador que tenía en la mesita de noche y observó que eran las 15.44 del sábado. Tenía mucho que estudiar y poco tiempo que perder, así que salió a lavarse la cara para despejarse.

Jake estaba sentado en el sofá, pero no le sorprendió que se hubiese quedado. Después de todo, tampoco tenía a dónde ir.

Tras echarse un poco de agua sobre la cara, Arabia se quedó un buen rato observándose en el espejo. Pensó que estaba horrorosa. Más despeinada que nunca y con unas ojeras increíbles. Se recogió toda la maraña de pelo castaño oscuro en un moño, dejando el flequillo despuntado cayéndole sobre la frente. Luego eliminó los

restos de pintura de ojos que se le había esparcido alrededor de ellos y volvió a perfilárselos. Ese toque le hacía parecer que tenía los ojos todavía más grandes de lo que ya eran, y precisamente los ojos eran casi lo único que le gustaba de sus extraños rasgos. El color de los mismos eran de un tono gris oscuro, que no llegaba a negro. Los había heredado de su madre, al igual que la nariz, perfectamente recta y con la punta redondeada. Eran, por así decirlo, sus únicas facciones turcas. El resto de sus rasgos eran de procedencia árabe, por parte de padre, y ya estaba acostumbrada a llamar la atención debido a su mestizaje, pues hacía cuatro años que residía en Vallon.

Salió por fin del baño y se obligó a comer algo. Lo único decente que le quedaba en la nevera era un paquete de lasaña congelada, así que encendió el horno para que empezara a calentarse.

Jake se acercó hasta la barra americana y apoyó los codos.

—Lo siento.

Arabia se volvió para mirarle. Que Jake se disculpase era algo extraordinario, tanto, que no supo muy bien cómo reaccionar, así que se limitó a asentir con la cabeza en señal de que aceptaba sus disculpas. Podía pecar de muchas cosas, pero no de rencorosa.

Metió la lasaña al horno y habló en tono amistoso.

—Espero que te guste la lasaña precocinada, porque es lo único que tengo.

—No necesito tanta hospitalidad. Además, no tengo hambre.

Los dos se miraron unos instantes, pero Jake volvió a agachar la cabeza. Ella pensó que debía estar realmente preocupado por la corta conversación que habían tenido tras despertarse. Buscó las palabras adecuadas para intentar animarle.

—No te preocupes. No van a cerrarte las puertas de tu propia casa.

—Yo no estaría tan seguro de eso... —La miró para hacer una pausa y luego continuó—. No soy estúpido. Sé que esta vez he llegado demasiado lejos.

Arabia se mordió el labio sin saber qué decir.

—Te lo ha contado todo Zane, ¿verdad? —le preguntó. Ella asintió con la cabeza—. Me lo imaginaba.

—Pero no sé qué fue lo que pasó con tu hermano Louis —admitió, esperando a que Jake le contara su versión de la historia.

Entonces Jake le relató los hechos del día anterior.

Volvió a casa un poco antes de lo habitual porque habían cancelado una clase de la universidad y, cuando subió a su cuarto, Louis salía del mismo apresuradamente. Lo paró para preguntarle por qué estaba en su habitación a pesar de haberle dicho mil veces que no tenía por qué entrar allí, pero sin contestarle siquiera bajó hacia la cocina. Entonces Jake entró a donde se dirigía y fue directo hasta el lugar donde guardaba los pocos ahorros que tenía, fruto de todo el tiempo que había estado ayudando a su padre para conseguir algo de ingresos extra. Le tenía prohibido a todos que merodeasen por su cuarto, pero especialmente a su hermano Louis. Ya le había desaparecido dinero en dos ocasiones y tenía la sensación de que él tenía algo que ver con ello. Lo que más rabia le daba era no entender para qué narices necesitaba dinero un crío de quince años. Comprobó que tenía todo su dinero, pero se notaba que alguien había estado hurgando en él, porque estaba desordenado.

Bajó hecho una furia a la cocina y se encaró con él. Lo cogió por la pechera y lo zarandó varias veces, gritándole tanto que no dejó que Louis pudiese darle explicaciones. Su padre le escuchó y fue enseguida a controlar la situación. Cuando sujetó a Jake por el brazo y le ordenó que soltase a su hermano, su rabia se incrementó. Y esa rabia se debía precisamente a que sabía muy bien que su padre nunca se pondría de su parte. Entonces, inconscientemente, se giró y lo empujó tan fuerte que le hizo caer.

Arabia sabía que eso de que había llegado demasiado lejos era cierto. Durante el tiempo que había vivido con los Becker había presenciado muchos enfrentamientos padre e hijo, y en todos había salido perdiendo Jake, pero nunca antes había replicado de forma violenta.

Se dio cuenta de que, tal vez, aquella era la primera conversación decente que tenía con Jake. Ella tampoco se había llevado nunca demasiado bien con él, pues no le parecía adecuada la forma que tenía de dirigirse a sus hermanos. Además, solía recriminárselo. Recordó una vez que, antes siquiera de estar viviendo allí y estando con Zane en el salón concentrada en un ejercicio de física para el instituto,

Jake llegó a casa, con su prima en brazos y calado hasta los huesos por la incesante lluvia que caía afuera. Se quejó de haber tenido que ir a recoger a la pequeña saltándose el entrenamiento porque por lo visto todos los demás estaban muy ocupados, y por eso se enfureció al verlas a ellas allí sentadas. Se enfadó tanto que vio cómo a Zane se le empezaron a poner los ojos vidriosos. Entonces ella le dijo que era un auténtico imbécil. Al día siguiente Zane no pudo asistir a clase porque estaba enferma, pero Jake apareció en la puerta del instituto y le entregó unos folios de parte de su hermana. Era el ejercicio resuelto que ambas habían intentado solucionar sin éxito. Zane le contó más tarde que había sido Jake el que lo había hecho porque su padre le ordenó que las ayudara. Era realmente bueno en física.

—Si crees que todavía no estás preparado para enfrentarte de nuevo a tu padre, puedes quedarte aquí el tiempo que necesites —le dijo Arabia, volviendo a la realidad—, pero, al menos, llama a casa y diles que estás bien. Estoy segura de que a pesar de todo estarán preocupados por ti.

—No creo. Lo único que les podría preocupar es saber dónde habré pasado la noche, pero no creo que les importe demasiado. Saben que sé cuidar de mí mismo.

Arabia arqueó una ceja, poniendo en duda sus palabras después de lo ocurrido.

—¿Prefieres que llame yo? Puedo hablar con tu hermana y decirle que estarás aquí hasta que decidas volver.

El chico la miró profundamente, pero ella no pudo descifrar la sensación que trataba de transmitirle. Era de nuevo esa mirada fría y seria con la que tantas veces se había cruzado.

—Si realmente crees que es necesario...

Definitivamente, a veces tenía ganas de pegarle una bofetada. No una de esas que dan las chicas en las películas cuando se enfadan con sus pretendientes, sino una que le hiciese reaccionar. Esa respuesta le había hecho ver que Jake ya había vuelto completamente a la normalidad.

Podría haberle dado una respuesta sincera, o agradecida en el sentido de que alguien le ahorrara el mal trago de llamar a casa, pero

no. “*Si realmente crees que es necesario...*” Era demasiado orgulloso. Por suerte para él, no se percató de la mirada sombría que Arabia le dedicó.

A pesar de todo, media hora más tarde, Arabia aprovechó que Jake había salido a dar una vuelta y llamó a su mejor amiga para ponerla al día. Así se enteraría también de cómo estaban las cosas en su casa un día después de lo sucedido.

—Ah, hola, Ari. Precisamente ahora iba a llamarte. ¿Cómo llevas el examen del lunes?

—Si te digo la verdad, no he tenido tiempo de nada. Voy a tener que pasarme toda la noche estudiando.

—¡Caray! ¿Y qué has estado haciendo? ¿No se supone que ayer te quedaste estudiando en la biblioteca?

—Sin ir más lejos, he estado cuidando de tu hermano Jake.

Dicho esto, Arabia empezó a relatar uno a uno todos los acontecimientos. Mientras tanto, Zane se mantenía expectante al otro lado del auricular, escuchando con detenimiento y lanzando exclamaciones cuando Arabia llegaba a los puntos más interesantes.

—He estado hablando con él de lo sucedido y creo que está muy arrepentido. Y aunque no lo confiese, sé que tiene miedo de volver a casa.

—Si te soy sincera, Ari, lo que ha pasado ha sido la gota que colma el vaso. Yo en su lugar también tendría miedo. Mi padre lleva todo el día sin hablar con nadie. Cuando le vuelva a ver no sé cómo va a reaccionar. No sé ni siquiera si yo misma quiero estar en casa cuando lo haga. Además, esta vez, mi madre también está muy enfadada.

—Al menos dile a tu madre que está sano y salvo y que pronto regresará. Imagino que mañana por la tarde, cuando yo me vaya a trabajar, lo tendréis de vuelta.

—Gracias por cuidar de él. No sé qué le habría pasado si no llegas a encontrarlo...

—No te preocupes. Ya ha pasado todo. Nos vemos el lunes.

Cuando Jake volvió a su apartamento, lo hizo cargado con dos bolsas del supermercado y una garrafa de agua. Había comprado un par de filetes e incluso la ayudó a preparar la cena.

El ambiente volvió a relajarse.

LUNES

13 OCTUBRE 1986

Jake había sido el último en despertarse esa mañana. Los lunes no tenía ninguna clase antes de las diez, así que era el único día que podía tomarse con algo más de calma. Se levantó, se dio una ducha reconfortante y bajó a desayunar. Antes de salir de casa paró un instante a ojear la lista de tareas del frigorífico. Leyó su parte:

17:00 (recoger a Rachel) — 18:30 (recoger a Louis) — 19:00 (recoger a Zane)

Se percató rápidamente de que también había una nota escrita a mano justo debajo del horario. Era de su madre.

“Papá y yo volveremos tarde a casa. Nos hemos ido en autobús, así que tienes las llaves del coche en la mesa del salón. Acuérdate de todo lo que tienes apuntado en la lista. Intenta darle a Rachel la merienda antes de salir a por Louis. Cuando estéis todos en casa preparad algo de cena para vosotros. Regresaremos antes de las diez.”

El que le dejasen el coche para ir a la universidad era toda una novedad para él. Ya no recordaba ni siquiera la última vez. Además, después de lo sucedido tres días atrás con su padre, creía que estaría destinado a no volver a conducir el vehículo familiar nunca más, entre otras cosas. Se preguntó qué sería lo que sus padres tendrían

que hacer esa tarde, pero no le dedicó más de cinco segundos a ese pensamiento. Estaba deseando volver a conducir.

El transporte de los Becker era una camioneta azul que, comparada con los modelos actuales, ya se había quedado algo anticuada. Pese a ello, nunca se les había estropeado y la consideraban ya como una reliquia familiar. A sus casi veintiún años, Jake casi podía contar con las dos manos las veces que había tenido la oportunidad de conducirla en solitario.

Estaba contento, y no dejó de sonreír durante todo el trayecto, disfrutando del aire fresco matutino a través del hueco de la ventanilla.

Nada más entrar al campus empezó a buscar un buen sitio donde aparcar. La camioneta era considerablemente grande, pero encontró el hueco perfecto entre dos vehículos justo unos metros más allá, uno de los cuales era un coche rojo muy llamativo que acababa de llegar. Con mucha destreza comenzó a maniobrar para dejarlo alineado entre los dos. Le encantaba conducir la camioneta.

Justo cuando la tenía preparada e iba a dar marcha atrás, el sonido de una bocina le sobresaltó.

—¿A dónde crees que vas con esa cosa? —escuchó de parte de una irritante voz femenina—. ¡Vas a rallarme la carrocería!

Jake se giró hacia su izquierda y miró por la ventanilla. La propietaria del coche rojo había salido de su interior y ahora trataba de impedirle su estacionamiento. Enseguida distinguió la corta melena de pelo teñida de rojo que tanto la caracterizaba. Era Emma Watson, una chica de su clase a la que conocía más de lo que deseaba. Hizo caso omiso de lo que le decía y continuó dando marcha atrás, rectificando la trayectoria de la camioneta para dejarla todavía más pegada al coche rojo. Por lo visto, era el más reciente regalo de una niña mimada.

—¡¿Estás loco?! ¡Detente ahora mismo!

En un movimiento brusco realizó la última maniobra. Tuvo que salir por la puerta del copiloto, ya que su puerta estaba a unos escasos centímetros del retrovisor del coche rojo, pero había conseguido crispas los nervios de la otra chica y solo por eso había merecido la pena. Salió sonriente y satisfecho, pero, mientras se dirigía hacia la

entrada de la facultad, Emma lo alcanzó para encararse con él. Se colocó justo por delante y le dio un empujón en el pecho, sin conseguir moverlo ni un centímetro.

—¡Eres un cretino! ¡Si hubieses rozado mi coche tan solo un poco...!

—¿Qué? —la interrumpió él—. ¿Qué pasaría si le hubiese hecho algo a tu nuevo juguete?

Emma hizo un movimiento rabioso acompañado de un gargajeo y luego se alejó de él con los puños apretados y maldiciendo para sus adentros hacia el interior del edificio. Antes de entrar por la puerta se giró para decirle una última cosa en forma de amenaza:

—Me las pagarás, Becker.

Él no le hizo ni caso. ¿Qué podía temer de una chica como Emma? Era demasiado remilgada como para mancharse las manos intentando devolverle la jugada.

Cuando entró a la clase de geología que le correspondía ese día, notó cómo el grupo de amigos del que siempre se rodeaba Emma se le quedaba mirando hasta que tomó asiento, en la tercera fila. Siempre solía sentarse en algún lugar en el que no hubiese demasiada gente alrededor, pues no le interesaba en absoluto relacionarse con los de su clase, generalmente un año menores que él.

Jake estudiaba Ingeniería Geofísica e iba un curso entero retrasado porque prácticamente la mitad del año anterior lo había tenido que pasar trabajando junto a su padre. Además, también había perdido la beca de fútbol* con los *Ice Falcons*, así que solo había podido matricularse de cinco asignaturas ese año.

Ese día no le apetecía tomar apuntes sobre el magnetismo de la Tierra. Se quedó absorto pensando en cómo iba a ser capaz de recuperar la confianza que su madre había perdido en él. Albergaba esperanzas de que ella lo perdonara, al igual que tenía la absoluta certeza de que su padre no lo haría, al menos a corto plazo. Era perfectamente consciente de lo que había hecho.

De pronto le vinieron a la mente los dos días que pasó en casa de Arabia, la amiga de su hermana. Pensándolo bien, nunca habría imaginado semejante situación. Se llevaba con ella como el perro

y el gato. Le molestaba mucho el hecho de que se pasase el tiempo hablándole de lo éticamente correcto que él siempre pasaba por alto, y eso era prácticamente lo que había hecho durante el año que había vivido en su casa. Pero visto de otro modo, ahora que ya no tenía que encararse con ella en casa, casi echaba de menos algunas de sus conversaciones. Realmente sus charlas le hacían reflexionar, aunque nunca se mostrase visiblemente de acuerdo con lo que le decía.

Esa impulsividad era la que le había hecho actuar de aquel modo esa misma mañana, en el aparcamiento. No le tenía miedo a una ricachona mimada, pero tal vez había subestimado demasiado rápido a Emma Wathson, una de las chicas más conocidas de toda la facultad. A veces el orgullo no le dejaba ver más allá.

Después de las clases fue a la cafetería a comprarse algo para comer. No era un lugar muy grande, pero tampoco necesitaban más, ya que no eran muchos los estudiantes de Geofísica. Se sentó solo en una de las mesas que tenía más cerca.

Jake se sentía bastante apartado de la sociedad estudiantil. Como eran pocos los interesados en esa carrera, las clases solían ser grupos reducidos, apenas uno o dos por curso, y prácticamente todos se conocían. El hecho de que le afectase ser el único en ir retrasado de los de su quinta le hacía todavía más sombrío y solitario. Muy poca gente repetía asignaturas, y los que lo hacían era porque más tarde dejaban la carrera, es decir, que se pasaban a otros estudios al entender que aquello no era para ellos. El caso de Jake era distinto. A él sí que le gustaba lo que estudiaba y no solo eso, sino que a veces sentía que le explicaban montones de cosas que ya sabía, pues se había pasado mucho tiempo leyendo e investigando sobre materias que le parecían curiosas. Pero la situación económica le impedía avanzar más rápido, así que tenía que contentarse con aprender a pasos de tortuga.

Eran pasadas las tres de la tarde cuando salió de la facultad en dirección a la camioneta. Por suerte para él, el coche rojo ya no estaba. No tendría que hacer la peripecia de entrar por el asiento del copiloto.

Sin embargo, cuando se colocó frente a la puerta del conductor

sintió que se le paraba el corazón. En toda la parte lateral izquierda alguien había escrito con espray negro la palabra “chatarra”. Lo primero y casi único que pensó fue en cómo sería la reacción de su padre. Hasta le pareció que sentía miedo solo de pensarlo, un sentimiento bastante inusual en él.

Escuchó unas risotadas por detrás que le hicieron salir de su estupefacción. Al darse la vuelta se encontró justo con lo que imaginaba. Emma estaba en su coche parada cerca de la salida del aparcamiento del campus, con las cuatro ventanillas bajadas. Había más ocupantes dentro del vehículo, y todos parecían muy divertidos.

—¡Te dije que me las pagarías! —le gritó Emma desde la lejanía—. ¡Cómprate un coche nuevo!

Antes de que Jake pudiese replicar, la chica arrancó y se marchó de allí, llevándose también con ella todas las carcajadas de sus amigos.

—Maldita zorra —murmuró Jake para sí.

Acababa de volverse a meter en un buen lío con su padre por culpa de una malcriada como ella. Tratando de no pensar en ello, se subió a la camioneta y arrancó para dirigirse al barrio Delton, donde tenía que recoger a Rachel. Puso la radio muy alta para no tener que pensar en nada. Cuando llegó frente a la puerta de la escuela infantil se detuvo, bajó del asiento y llegó hasta la entrada por donde salían siempre los niños. Estuvo un buen rato parado esperando a que su prima saliera, hasta que cayó en cuenta de que el único esperando era él. Miró su reloj y blasfemó al aire al comprobar que todavía no eran ni las cuatro de la tarde. Faltaba más de una hora para que su prima y el resto de niños acabasen la jornada.

Se resignó y se sentó en un escalón cercano. Poco tiempo después, una chica joven salió por la puerta para dirigirse al edificio contiguo. Se quedó parada frente a Jake. Él levantó la vista al reparar en la presencia que tenía delante de sus narices y llegó a verle el cambio de expresión. Primero sorpresa, luego alegría, interrogación y, finalmente, decepción.

—Hola, Nancy —dijo Jake, haciéndole un gesto con la cabeza.

Ella se quedó callada un rato más, sin devolverle el saludo. Jake la había reconocido enseguida. Era una de las profesoras infantiles que

tenía su prima. Sin embargo, estaba convencido de que ella lo había confundido con otra persona.

La reacción de la chica le hizo bastante gracia, aunque no lo exteriorizó y puso cara de esperar la respuesta a su saludo.

—¡Hola! —respondió ella, dando un pequeño saltito hacia atrás cuando Jake arqueó una ceja, en señal de impaciencia—. ¿Qué haces aquí? Quiero decir, ¿tan temprano? ¿Le ha pasado algo a tu madre?

Después de todo, Jake se arrepintió de haber iniciado la conversación con Nancy. Lo poco que conocía de ella era que podía ser terriblemente habladora.

—Me he adelantado. Miré mal la hora.

—Ah... Pues vaya, vas a tener que esperar ahí sentado todavía un buen rato más, ¿eh? Qué mala suerte.

Las palabras de la chica no fueron en absoluto maliciosas, sino más bien inocentes. Pero Jake no estaba de humor. Su mente volvió a recordar todo lo sucedido y, rápidamente, la presencia de Nancy había pasado de divertirle a molestarle.

—Supongo que no es asunto tuyo, ¿no? —La chica abrió mucho los ojos tras escuchar aquellas palabras. No contento con ello, Jake continuó—. Cuando mi hermano Derek venga por aquí puedes probar con él tus conversaciones absurdas, que seguro que te son mucho más gratificantes. Conmigo no hace falta que te molestes. No quiero hablar. Espero a Rachel y luego me voy. Así de sencillo.

Nancy agachó la cabeza y no dijo nada más. Echó a andar y él se quedó allí sentado, viéndola alejarse. Los remordimientos le acecharon la mente, pero es que nunca había soportado a Nancy. Le parecía una chica con muy pocas luces y solo su hermano era capaz de seguirle la corriente para no hacerla sentir mal. Desde que se había marchado, ella siempre preguntaba por él.

Derek era su hermano mayor. Entre ellos había muy poca diferencia de edad y ambos tenían un porte parecido. No era la primera vez que le confundían con él.

El tiempo se le pasó bastante lento. Vio pasar a Nancy de nuevo, pero lo hizo tan deprisa que apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza

antes de que ella desapareciese tras la puerta. Cuando por fin dieron las cinco en punto, se abrieron los dos portones y empezaron a salir niños cogidos de la mano. Su prima Rachel le vio y fue corriendo hasta él. Jake, por su parte, la cogió por las axilas y se la puso en el regazo. Tenía cinco años.

Fueron hasta la camioneta y la colocó en el asiento de atrás. Inmediatamente después, volvió a poner en marcha el motor y fue en busca de un taller mecánico. Necesitaba algún tipo de líquido desengrasante con el que quitar la pintada que le habían hecho.

En el único sitio que encontró le vendieron un líquido con el que volvió a casa muy poco convencido. Sacó al jardín el cubo de juguetes de su prima para dejarla allí entretenida mientras él intentaba disolver las letras.

La tarea no daba buenos resultados. A la media hora de estar frotando se dio cuenta de que lo único que conseguía era que aquel líquido que le habían vendido se comiera la pintura, pero la de la propia camioneta. Para cuando se percató de lo tarde que se le había hecho, había quedado un resultado nefasto. Las letras habían perdido un poco de intensidad, pero la carrocería estaba toda descolorida.

Sin más opción, dejó las cosas donde mismo estaban y volvió a meter a Rachel en la parte de atrás para ponerse en marcha rumbo al instituto de Louis.

Su hermano menor lo estaba esperando, probablemente desde hacía ya rato, en el lugar donde siempre le recogían. Jake estaba seguro de que a su hermano no le haría ninguna gracia tener que soportar todo el trayecto de vuelta a casa con su presencia, pero a él tampoco.

—¿Qué le has hecho a la camioneta? —preguntó cuando Jake se colocó a la altura donde esperaba.

Desde fuera había podido leer la pintada que tenía. Él y muchos otros que también salían del instituto.

—Sube y no hagas preguntas —le ordenó a su hermano, sin ni siquiera apartar la mirada malhumorada del frente de la calzada.

Una vez en el interior, y ya con el coche en marcha, Louis volvió a intentarlo una vez más.

—¿Qué es eso de...?

—¿No te dije que no hicieras preguntas? Limitate a no molestarme. Se hizo el silencio en el interior. Louis giró la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla, aparentemente molesto.

—No tengo un buen día, ¿vale? —intentó excusarse Jake.

—¿En serio?

La pregunta fue de lo más sarcástica, así que no dijeron nada más en lo que quedaba de recorrido hasta la Facultad de Enfermería. La pequeña Rachel se puso a tararear la letra de una canción infantil que seguramente le habían enseñado esa tarde en la guardería.

Jake vio a Zane en la acera charlando animadamente con su mejor amiga. Subieron a la parte de atrás por el lado opuesto a la pintada, así que no se dieron cuenta de nada. Zane hizo un saludo general y continuó hablando un rato más con su amiga después de que se pusieran en marcha. Jake supuso que esa noche Arabia se quedaría en casa, de lo contrario no habría subido a la camioneta. Le resultaba extraño volver a verla, después de todo.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué pasa aquí? —preguntó Zane, al cabo de unos minutos, durante los cuáles había reinado el silencio dentro del vehículo por parte del resto de los ocupantes.

Ninguno de los dos hermanos dijo nada.

—¿Qué pasa, Louis? —lo intentó de nuevo, dirigiéndose ahora solamente al menor de sus hermanos—. ¿Habéis discutido de nuevo?

—No pasa nada.

Fue Jake el encargado de contestarle. Las manos le sudaban tanto que se le resbalaban del volante.

—Pues entonces explicadme por qué estáis así de serios los dos. Si es por lo del viernes, deberíais saber que...

—A Jake le han hecho una pintada en la camioneta —delató Louis, interrumpiendo a su hermana—. En la parte de la izquierda —aclaró.

Jake dio un volantazo involuntario. El resto de los ocupantes se llevaron un pequeño susto.

—¿Cómo? —Zane puso cara de interrogación.

Arabia bajó la ventanilla y se asomó sacando parte del cuerpo para comprobarlo.

—¿Estás loca o qué?! —exclamó Jake.

—Pone “chatarra” —continuó Louis—. Verás cuando lo vea papá.

Esta vez el volantazo sí fue voluntario, y además realizado para parar a un lado de la carretera. Se movieron hacia delante por el impulso y empezaron a hablar todos a la vez.

Protestaron por la violenta frenada, al mismo tiempo que comentaban lo de la pintada. Arabia se llevó la peor parte por haberse levantado para mirar por la ventanilla. Para colmo, Rachel se había puesto a lloriquear por el susto.

—¿Queréis hacer el favor de callaros de una vez? —gritó Jake, muy alterado y abriéndose el cuello de la sudadera para que le pasase algo de aire—. ¡Sí! Me han hecho una pintada en la camioneta, el único día que me dejan conducirla. ¡Sí! Ya sé que no debí haber dado ese volantazo y ¡sí!, me la voy a cargar. Pero por favor, ¿os importaría no recordármelo?

Después de eso ya nadie volvió a hablar hasta llegar a casa. Hasta Rachel se había quedado en silencio. Una vez allí todos bajaron y se dirigieron hacia el interior. Jake vio como Zane se llevaba en brazos a su prima y entonces recordó que no le había dado la merienda.

—Zane, espera —dijo. Ella se dio la vuelta con indiferencia. Parecía bastante dolida—. ¿Podrías darle de cenar a Rachel? Tiene que estar hambrienta.

Se limitó a asentir con la cabeza.

—Y otra cosa. Mamá ha dicho que llegará tarde, y que nos preparásemos algo de cenar.

—Ya lo sé. Louis y yo también sabemos leer. Hemos visto la nota esta mañana.

Se dio la vuelta y continuó hacia el interior de la casa. Jake se quedó unos segundos apoyado en la camioneta. *Genial. Ahora ellos también están enfadados conmigo*, pensó para sí. La única que se dignó a mirarle a la cara fue Arabia. Pero no se atrevió a decirle nada antes de que también se girase y entrase por la puerta.

Volvió a situarse frente al lado de la pintada. Definitivamente, todo el esfuerzo que había hecho por la tarde había sido en vano. Lo único que podía hacer ahora era esperar a que su padre lo viese y le diera una reprimenda.

Se quedó un buen rato sentado en el banco del porche, tomando el aire. Cuando entró en casa nadie le hizo el menor caso. Todos estaban cenando y charlando en la cocina. Jake subió las escaleras en dirección al cuarto de baño. Necesitaba darse una ducha.

El agua fría le sentó francamente bien. Una vez vestido de nuevo salió en busca de algo para comer. En la puerta contigua a la del baño estaba Rachel, asomada en el resquicio de la puerta de la habitación que compartían sus dos hermanos varones. Le miró con sus enormes ojos, pero no dijo nada. Él pasó a su lado y le acarició la única mejilla visible desde donde se encontraba. Era la única que no le guardaba nunca rencor.

Al bajar al piso de abajo encontró la cocina recogida y vacía, y un plato con un pedazo de carne fría sobre él. Cogió un poco de pan y se lo comió en silencio. Después recogió también su plato, lo fregó y se tiró en el sofá a ver la televisión.

—¿Y tus hermanos?

Jake se incorporó del asiento y se frotó los ojos. Se había quedado dormido. Sus padres acababan de llegar y había sido su madre la que había formulado la pregunta. Miró por la ventana y vio que ya había oscurecido. Se preguntaba qué hora sería.

—Arriba, supongo —contestó.

—¿Y Rachel?

Jake hizo un gesto con la mano señalando hacia el piso superior, con desgana y sin apartar la mirada de la televisión. A veces pensaba que su madre le hacía preguntas estúpidas. ¿Dónde iba a estar Rachel si no? Su padre no dijo nada. Ambos continuaron hasta la cocina. Hablaban de algo, pero no les prestó atención.

Se levantó y subió por las escaleras, luego giró hacia la izquierda y entró en última puerta del pasillo, donde se situaba su pequeña habitación. Se tiró en la cama boca arriba y se quedó pensando en todo el asunto de la camioneta. Dudó en si debía o no contar lo ocurrido en ese mismo momento, pero no se atrevió. Pensó también en si debía disculparse con sus hermanos por su comportamiento, pero miró el reloj de su escritorio, cuyas agujas señalaban las once y

media de la noche, y descartó la idea. Louis y Rachel ya deberían de estar dormidos, y Zane estaría conversando con su amiga.

Se incorporó fugazmente para quitarse la camiseta y se tumbó boca abajo para dormir.